

Decir el programa —granafna, soleá, colombianas, seguiriyas, bulerías, rondeña, minera, guajira, malagueña, garrotín, zapateado— es mostrar el arco por donde pasó Sanlúcar, severo en la soleá, desgarrado y tierno en la seguriya (una "Elegía al Niño Ricardo"), perfecto en la rondeña, con mucha luz en la guajira. En el fondo, son adjetivos que no dicen nada, porque de un concierto, cuando es un hecho vivo, creativo, con resonancias de una reunión de amigos trasladada de un pueblo andaluz al mismísimo Real, bien poco puede escribirse. Acaso convenga decir, para completar la figura de nuestro guitarrista, que se trata de una persona cuya capacidad musical jamás traiciona una permanente cordialidad, que despoja a su rigurosa técnica de cualquier agresivo virtuosismo. Manolo Sanlúcar parte siempre de su memoria, de su vida, de su mundo, y su grandeza de músico y de concertista está en enriquecer la guitarra para que las notas vivenciales sean nítidas. ■ M.



### Canciones para un grupo de leyenda

Más que una banda de músicos, el conjunto Grateful Dead —Muertos Agradecidos— es viva leyenda: encarnan una época, un lugar y un espíritu muy determinados —el San Francisco de los años sesenta, el espíritu de pacífica revuelta de los Flower Children—. Fueron ellos quienes dieron conciertos gratis para la florida y abigarrada muchedumbre de Haight-Ashbury; quienes entregaron el importe de los derechos que percibían por la grabación de sus discos, para que los Diggers —es-

pecie de "Socorro Rojo" "hippy"— proveyesen de asistencia médica, comida, ropa y drogas a los "drop out" que acudían a San Francisco en busca de una nueva concepción de la vida. Musicalmente, Grateful Dead son responsables de la invención del "acid rock": su música, aunque enraizada por completo en el folklore más sencillo, se ve enriquecida por largos improvisaciones e investigaciones sonoras, debidas al estado de meditación y trance producidos en los músicos por la ingestión de LSD. Jerry García, el líder del grupo, fue en tiempos un entusiasta predicador de la revolución psicodélica, y llegó a repartir gratuitamente dosis de ácido entre los asistentes a sus conciertos —o, al menos, eso cuentan las leyendas que cuentan al amor del fuego los pocos "hippies" supervivientes—. Grateful colaboraron con los Merry Pranksters, los Alegres Bromistas que, animados por Ken Kesey —verdadero héroe del "underground", inmortalizado por Jack Kerouac— recorrían los Estados Unidos, pregonando la buena nueva de la psicodelia.

Todo ese mundo de Paz, Amor y Acido se ha hundido, por razones obvias. Sin embargo, queda una música, un estilo pictórico y una moda vestimentaria; el espíritu de la Revuelta de la Flor ha muerto, pero quedan sus manifestaciones anecdóticas como prueba de que, hace unos años, se quiso dar un cambio radical a la forma de vida occidental. Uno de estos fenómenos

supervivientes es la música del conjunto Grateful Dead.

Su último disco acaba de aparecer en España. Su nombre es "Blues for Allah", y continúa de forma coherente dentro del estilo de los Dead: basándose en la tradición musical americana —tradición netamente popular, que engloba géneros tan distintos como puedan ser el "blues" o el "country"—, y añadiendo incluso resonancias de "music hall", los Dead llegan a una verdadera renovación del material empleado, que transforman en composiciones de cierto sabor extraño, casi alienígena; para ello no necesitan emplear sintetizadores ni sofisticados aparatos electrónicos: basta con poseer una verdadera inspiración musical y un buen equipo de grabación. La guitarra de Jerry García —y, en general, toda la sección de cuerdas— es de una pureza inusitada; y las voces tienen una frescura que las aleja totalmente de las decadencias al uso; en algunos temas, la voz de fondo de Donna Godchaux añade un ingrediente casi de "blues"; lástima que esta voz no ascienda nunca a un primer plano.

El álbum incluye doce temas; cinco de ellos son canciones y los demás puros juegos musicales. El mayor reproche que se podría hacer a este disco de los Dead es, precisamente, lo confuso de las letras de sus canciones. Desde la aparición de Bob Dylan, la mayor parte de los músicos "pop" tratan de hacer "poesía", utilizando elementos

voluntariamente confusos y "surrealizantes"; pero, cuando no se tiene la claridad de ideas y la calidad poética del primer Dylan, la cosa queda reducida a una especie de camelo pseudo místico-poético. Esto ocurre, por ejemplo, con el tema que da título al álbum, "Blues for Allah": un acompañamiento musical, que sería excelente si no pecase de pretencioso —demasiadas flautas, ecos y ruiditos de diversas especies—, trata de arrojar un texto que no sabemos si es una llamada de paz a las facciones en lucha de Oriente Medio, un simple juego "orientalista" o el producto de una falta total de inspiración por parte del letrista, Robert Hunter. La letra está graciosa y gratuitamente traducida al persa, al árabe y al hebreo en la camisa interior del disco. Lo mejor es no leer las letras y tomar las voces como un elemento musical más del disco.

Colaboran en este álbum Jerry García (guitarra y voces), Keith Godchaux (teclados y voz), Donna Godchaux (voces), Bill Kreutzman (percusión), Phil Less (bajo y voces), Bob Weir (guitarra y voces), Mickey Hart (percusión), Steven Schuster (flautas). La música de todas las composiciones es de Jerry García, y las letras son de Robert Hunter, salvo "The Music Never Stopped", que ha sido escrita por John Barlow. El disco fue producido por The Grateful Dead y grabado en Ace/s. ■ E. HARO IBARS.

(1) "Blues For Allah". The Grateful Dead. Ariola-United Artists.

